

EL ECO DEL ÁGUEDA.

REVISTA SEMANAL ARTÍSTICO-LITERARIA.

DIRECTOR

DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

EDITOR PROPIETARIO: ANGEL CUADRADO.

REDACCION, ADMINISTRACION E IMPRENTA PLAZA MAYOR, NÚMERO 20.

EN CIUDAD-RODRIGO UN TRIMESTRE 6 RS., FUERA 7 IDEM, SEIS MESES 12 IDEM, UN AÑO 22 IDEM.

SUMARIO.—I. *La tristeza*, Augusto J. Perchet.—II. *Madres y madrastras*, Sofia Tartilan.—III. *¡Esperal*, Fernando Araujo.—IV. *Tisis*, Baltasar M. Duran.—V. *En un album*, J. de la Peña.—VI. *A una desconocida*, Emilio Ferrarí.—VII. *A mi pluma*, C. Gil.—VIII. *Seguidillas*, G. Barragan.—IX. *La dicha...*, Evaristo Silió.—X. *En un abanico*, Angela Grassi.—XI. *Llanto y risa*, José Marco.—XII. *A Concha*, Julia Asensi.—Noticias.—ANUNCIOS.

LITERATURA.

LA TRISTEZA.

¡La tristeza! Alguien ha dicho que todas las grandes cosas son tristes.

Y en efecto, la tristeza es un himno que el alma eleva á su Creador.

Nacer á la vida es venir al mundo de los sufrimientos; hé aquí por qué las almas privilegiadas yacen envueltas, más todavía, en la atmósfera de la tristeza indefinida.

Las alegrías son relámpagos pasajeros; la tristeza es constante.

El estado normal de la criatura humana subsiste en aquel sentimiento, fuente inagotable de las evoluciones y las maravillas sociales.

La tristeza tiene su placer. Esta idea parecerá una anomalía, pero analizada es un axioma al alcance de todas las inteligencias.

El dolor, en determinadas circunstancias, inspira algo elevado que nos separa, siquiera momentáneamente, de la vulgaridad de la existencia, para prestarnos un aroma que embellece y hace gozar.

Así es como la tristeza es un placer, puesto que nos trasfigura en cierto modo.

La musa de todos los siglos ha consagrado á la tristeza cantos sublimes. La pasión, el sentimiento del instante, la amargura revelada, el dolor adivinado y el dolor sufrido, estallaban en notas distintas, que teniendo su origen en los tiempos más remotos del mundo, hacían acrecer la melancólica cifra de las memorias dedicadas á aquel fenómeno psicológico.

Job, desesperado durante sus días de infortunio, se inspira en las desgarradoras seducciones de su pena y entona la sublime elegía que todos conocen.

Salomon retrata el despecho de su alma, cuando despues de agotar el catálogo de felicidades, formula la famosa exclamacion:

«¡Vanidad de vanidades y todo vanidad!»

Los pueblos de Oriente dejan vislumbrar hasta qué punto les era conocida la tristeza.

Grecia, quizá ménos sensible, nos ha legado fragmentos bellisimos en que el dolor ocupa un importante rango.

Homero, Esquilo, Sófocles y Píndaro escribieron páginas impregnadas en amargura admirable.

Horacio, Virgilio, Lucrecio y Plinio, encarnaciones de los latinos, no olvidan la significacion de la tristeza, y la retratan magistralmente.

En épocas modernas figuran como cantores del dolor, Pascal, Byron, Goete, Lamartine, Chateaubriand, Lamennais y otros génios que sería prolijo mencionar.

Retrocediendo en el órden cronológico de estas líneas, hallamos la tristeza santificada hasta lo infinito, en la vida de la Virgen y en el martirio de Jesucristo.

«¡Mi alma está triste hasta la muerte!» exclamaba aquella víctima de su amor; y como si estas palabras no fuesen bastantes á condensar todo el sentimiento de su pena, añade luego:

«¡Dios mio! ¡Por qué me habeis abandonado?»

Trascendental es la enseñanza que descubre el canto perdurable entonado al dolor por las generaciones todas.

La tristeza es soberana del mundo. Mas ¡qué

importa? Ella es la buena hada que realiza los prodigios que vemos y tocamos.

No la maldigais; bendicidla como una medicina amarga, muy amarga, pero medicina al fin.

El dolor es el camino de la regeneracion moral. Purifica, dá vigor, enseña y sirve de complemento á la vida del hombre, imperfecta cuando ignora el valor de las lágrimas.

Paul Feval ha dicho:

«Los sufrimientos despiertan en el alma vaga ternura.»

Nosotros añadiríamos que nos acostumbran á soportar con resignacion las adversidades, al paso que desarrollan el afecto y las simpatías por la humanidad que padece y llora.

La tristeza tiene un fundamento que pudiéramos llamar filosófico. Examinada la vida bajo el imparcial criterio de un razonamiento lógico, es indudable que en resúmen nos revela un vacío terrible: un *nada* que rompe con su prestigio la cadena de las ilusiones.

La ciencia y la religion han explicado en términos satisfactorios el por qué de ese vacío. Es que aspiramos á un *más allá*, á la vida inmortal del alma, destino supremo de la humanidad, á la vez que perfectibilidad y satisfaccion inequívocas; y fuera de ese mundo de ultratumba, el movimiento de la existencia terrestre descubre la ambicion no colmada, origen de la tristeza que de continuo enturbia las horas de alegría.

Sin embargo, léjos de nosotros la profesion del escepticismo, del descreimiento y la degeneracion que abaten y torturan.

El campo del mundo no es tan estéril como supone la imaginacion ofuscada ó febril.

Hay goces relativos que engrandecen y constituyen un paréntesis semi-divino entre las decepciones de la sociedad.

Volved los ojos á la familia, á ese geroglífico de la ventura humana, y es seguro que su contemplacion y su estudio bastarán á romper el pesimismo de las inteligencias frías, de los espíritus extraviados.

El realismo del hogar triunfa de la pasion equivocada.

Allí donde brilla la sacrosanta luz de la familia, allí se purifica el alma, se fortalece la fé y germina el sentimiento de la inmortalidad.

AUGUSTO JEREZ PERCHET.

MADRES Y MADRASTRAS.

Hemos convenido tácitamente en apellidar madrastra, además de la mujer que contrae matrimonio con un hombre viudo que tiene hijos de su primera

esposa, á esas otras mujeres que tratan con poco cariño á sus propios hijos, y que, despegadas y frías, no les manifiestan ese amor apasionado y tierno, del cual parece único depositario el corazon maternal.

No habrá seguramente una sola madre, de las que amorosas y tiernas idolatran á esos pedazos de si mismas, que no se haya estremecido de indignacion al contemplar los malos tratamientos, ó el punible abandono en que las madrastras verdaderas y las malas madres dejan á los hijos. Los colores de la vergüenza y de la cólera habrán encendido mil veces su rostro, cuando tales cosas han presenciado ó sabido, apresurándose á lanzar su inexorable anatema sobre la culpable, y, sin embargo, quizá se las pudiera aplicar con justicia las palabras de Jesucristo tratando de la mujer adúltera: «Aquel de vosotros que esté sin pecado que lance la primera piedra.» ¡Las madrastras! ¿Qué madre no se sublevaría ante la acusacion de madrastra de sus propios hijos? Vivir por ellos y para ellos; hé aquí su pensamiento, su idea fija, su constante ocupacion; ahorrarles todos los dolores, proporcionarles todas las alegrías, regalarlos, mimarlos, mirarse en ellos, convertirlos en ídolos, más aún, en dioses: todo por sus hijos y para sus hijos: este es su lema. Las necesidades materiales de la vida, pierden su fuerza imperiosa tratándose de las madres, pues solo las sienten por sus hijos. El hambre, la sed, el sueño, el cansancio, nada de esto existe para la madre, que vela solícita al pié de la cuna de su hijo enfermo. Mientras espía anhelante los progresos del mal, su corazon cesa de latir, y la vida, respetando aquel santo dolor, suspende su curso y nada pide, nada exige para su conservacion. Confesamos desde luego que todo esto es sublime, conmovedor, grandioso, como el misterio mismo de la maternidad, afeccion santa, en la que se hallan encerradas y contenidas todas las afecciones, amor purísimo, germen y compendio de todos los amores de la tierra, y de todas las aspiraciones del cielo. Pues bien; á pesar de todo, á despecho de la grandeza, de la sublimidad de este amor, existen, como digimos antes, madres adornadas de todos estos bellós atributos, las cuales, consideradas moralmente, son despiadadas madrastras de sus hijos, dolorosa aberacion que deseáramos ver desterrada del mundo para bien de la humanidad.

Con todo ese cúmulo de bellísimos sentimientos, y guiadas por el más santo de los entusiasmos, muchas, muchísimas madres, son la causa primordial de los extravíos de sus hijos, y con toda la sangre de sus venas hubieran querido borrar las huellas marcadas en el carácter moral de los tiernos pedazos de sus entrañas, por su funesto é impremeditado cariño.

El exceso de amor, que lleva hasta tolerar y aun alentar nuestros pequeños defectos en la niñez, que más tarde pueden convertirse en vicios; la debilidad manifestada ante nuestras malas inclinaciones; el orgullo maternal, exagerando con imprudencia nuestras buenas prendas; la vanidad, halagando nuestras locas aspiraciones; la tolerancia, disimulando nuestras faltas y la constante y nunca desmentida indul-

gencia ante la repetición de nuestros actos reprobables, no pueden ser, no son sino los eslabones de una larga cadena que, las más veces nos hace esclavos de nuestras pasiones bastardas, labrando la desdicha de nuestra existencia y la de otros muchos seres que, fatalmente, se hallan unidos á nosotros. Las madres que tal hacen creemos que, más justamente que aquellas que tratan con desapego y desabrimiento á los hijos de su esposo habidos con otra mujer, merecen el calificativo de *madrastras*. Madrastra, y no otra cosa es de sus hijas, la que halagando su vanidad, por un exceso de cariño mal entendido, fomenta en ellas el amor al lujo y á los frívolos placeres, que tan fatales resultados puede traer más tarde para su virtud y para su tranquilidad.

Madrastra, y de las más desnaturalizadas, es para sus hijos la madre que, en la niñez, no trató de corregir en aquellos el carácter voluntarioso y altivo; que por exceso de amor, halló bueno en el niño lo que mañana había de ser reprobable en el hombre; que por no contrariar sus gustos, no le hizo cobrar amor al trabajo y afición al estudio; que siguiendo en un todo sus caprichos, le dejó marchar por la abierta senda de los placeres, que conduce directamente á la de los vicios, y que hizo, en fin, del sagrado depósito que Dios la concedió al hacerla madre, un ser nulo para el bien y apto solo para el mal.

Madrastra, y no madre cariñosa y solícita, es la que, por no traer á los ojos de su adorada hija una lágrima de pesar, ni á sus labios un gesto de disgusto, no la reprende cuando vé en ella tendencias é inclinaciones á la frivolidad, á la coquetería, á la vanidad y á otra porción de escollos, en los que está segura de naufragar la virtud más sólidamente cimentada; y esta madre cariñosa, entusiasta, ardiente, apasionada de su hija, que es su alegría, su orgullo, por falta de severidad hará la desgracia del ser que más amó en el mundo, del único por quién daría gustosa su vida, por quién sacrificaría su felicidad presente y su dicha futura, pues solo vive por ella y para ella. ¿Cómo se comprende esta aberración? ¿Puede existir tal ceguera? Parece imposible, y, sin embargo, existe. Existen esas madres, verdaderas madrastras de sus propias hijas, á las cuales el amor maternal extravía lastimosamente, hasta el punto de hacerlas instrumento de la desventura de los seres más queridos de su corazón.

Para que estas aberraciones vayan desapareciendo es necesario que se disipen las tinieblas que envuelven á la mujer en una peligrosísima ignorancia, y la muestren en toda su grandeza la sublimidad del sacerdocio que se encierra en la maternidad, la mujer necesita, aun más que el hombre, conocer con precisión y claridad sus deberes como madre. No basta para ser buena madre profesar un cariño ciego á sus hijos; es necesario que el amor maternal tan santo, tan puro, tan sublime, tan desinteresado y tan capaz de todos los heroísmos, se una á la razón, guiada por el mismo amor, y ayudada por la inteligencia, para completar la obra, para formar el ser moral, para hacer del hijo amado el hombre virtuoso, el ciudadano honrado, el esposo

amante, el padre modelo, el miembro, en fin, útil á la sociedad y á la familia, y la rueda de engranaje para que la humanidad marche hácia el bien, que debe ser su ansiada meta.

La mujer necesita, aun más que el hombre, una educación sólida para que, comprendiendo la grandeza de su misión como madre, sea capaz de formar en sus hijas buenas esposas y buenas madres; para que no vea que las exageraciones de su ciego cariño pueden conducirla á convertirse en la más despiadada madrastra. No basta dar al niño su propia vida para alimentarle, exponerse á morir por él para darle á luz, velar su cuna mientras sufre, contemplar con éxtasis, casi divino, su sueño angelical, ahorrarle todos los dolores y darle todas las alegrías; es necesario, á veces, guardar dentro del alma ese santo cariño y sus externas manifestaciones, y ser severas, inflexibles para cortar de raíz el germen funesto de las bastardas pasiones que más tarde amenazan causar la desgracia de ese ser adorado. Obrar de otro modo es transformarse de madre en *madrastra*, mucho más desnaturalizada, seca y fría, que la esposa del viudo, á la que se aplica este nombre. Aquella no ama á los que no son sus hijos, y quizá por esto vé sus faltas y las reprende con más severidad. No sufre los dolores y las zozobras de la verdadera madre; pero tampoco goza de sus purísimas alegrías, como compensación al sufrimiento; en suma, no son madres; pero las que lo son, y por ignorancia ó ceguera incurren en los lamentables extremos que hemos señalado, esas merecen, aun más justamente que las otras, no el dulce nombre de *madres*, sino el duro calificativo de *madrastras*.

SOFÍA TARTILÁN.

¡ESPERA!

Y el noble Abu-Muhamad-ben-Gabir veía pasar ante sí tiempos felices, lunas brillantes,

Y sus padres le adoraban llamándole Hijo de la luz,

Porque Abu-Muhamad era piadoso;

Y sus odaliscas se disputaban sus caricias y sus miradas.

Porque Abu-Muhamad era amable y hermoso como la luna llena;

Y sus jardines, y las flores de sus jardines, y los sabrosos frutos de los árboles de sus jardines, prosperaban mucho,

Porque el hijo de Gabir era amigo de las flores, y de los frutos, y de los jardines;

Y todo le sonreía al príncipe Abu-Muhamad;

Era feliz; muy dichoso el príncipe.

Pero ¡ay! que un día Allah, desde su trono resplandeciente, vió al descendiente del noble Gabir, y dijo: «Hé ahí un príncipe feliz;

»Voy á probar su resistencia;

»Y le daré á conocer los dolores de la vida;

»Y le arrebataré lo que más ame;

»Y heriré de golpe fuerte su pecho, y pondré á prueba su bondad;

»Porque así sabré el valor de su alma, y su pureza, y todas las cualidades de ella,

»Para darle su merecido.»

Y así habló Allah desde los cielos que son su reino.

Y un día martes, en nueve de la luna de Xaban, Abu-Muhamad se hallaba paseando en el jardín, en medio de sus flores,

Y estaba tranquilo como el soplo de primavera,

Y gozoso como el niño con sus juguetes;

Pero hé aquí que se llega á él uno de sus esclavos, y todo azorado, inclinándose con respeto, le dice: «¡Señor, perdonadme!

»Porque vengo á anunciaros una nueva fatal:

»El alma de vuestro padre acaba de abandonar el cuerpo y de volar al Paraíso!»

Y el príncipe, á tan triste novedad, se sobrecogió;

Y sus ojos se inflamaron por la ira;

Y su corazón latió con fuertes latidos;

Y en medio de su dolor sintió un arrebato de cólera contra Allah que le hacia sufrir.

Mas hé aquí que un buen génio que habia oido lo que Allah dijera, voló hácia el dolorido príncipe,

Y acercándose á él, tocó á su corazón y le habló así: «Espera ¡oh hijo de Gabir!

Y la voz del buen génio era tan dulce que Abu-Muhamad se dejó convencer;

Y resignándose con su dolor, dijo: «De tí ¡oh Allah! procede todo:

»Las flores, y las frutas, y las aguas, y las estrellas,

»Y lo que se mueve sobre la tierra y todo lo que está inmóvil sobre la tierra,

»Y eres grande ¡oh Allah! sobre todas las cosas;

»¿Quién podrá ser juez de tus acciones?»

Mas hé aquí que otro esclavo llega sofocado, y cayendo á las plantas del príncipe,

Abrió la boca y dijo: «¡Oh príncipe mio! El último aliento de vuestra madre acaba de escaparse de sus labios.»

Y el príncipe, hijo de Gabir, sintió que su sangre hervía de furor;

Y el buen génio murmuró á su oido: «Espera, ¡oh hijo de Gabir!»

Y la sangre perdió su fuego y recobró Abu-Muhamad la calma,

Y dijo, mirando al cielo: «¡Oh Allah, justo eres!»

Mas hé aquí que un tercer esclavo, más agitado que los demás, llega sin aliento,

Y dice: «¡Huid, huid, señor! vuestros enemigos se han alzado contra vos;

»Y han caido sobre vuestros campos y vuestras ciudades,

»Y en este momento se apoderan de vuestro palacio; ¡huid!»

Y el príncipe, al oír esto, enrojació de cólera.

Y tembló de furor,

Y sus ojos lanzaron rayos;

Y el buen génio le hablaba con más dulzura que nunca: «Espera ¡oh hijo de Gabir!»

Y el príncipe levantó los ojos al cielo y cayendo de rodillas, las manos juntas y el rostro contra la tierra, exclamó: «¡Allah es grande! ¡Allah es justo!»

Y Allah al fin se compadeció y vió que Abu-Muhamad tenia un alma elevada,

Y devolvió Allah á Abu-Muhamad su padre y su madre,

Y el reino de su padre y su madre,

Y lo hizo el más feliz de todos los hombres que han vivido sobre la tierra.

Porque habia escuchado la voz dulce del buen génio que le decia: «Espera, ¡oh hijo de Gabir!

FERNANDO ARAUJO.

POESÍA.

TÍSIS.

Estar de la existencia en los albores;
Llorar la juventud que se marchita;
Tener ansia de amores infinita,
Aunque no llegarán esos amores;
Saber que de la rosa los colores
Con rojas tintas la mejilla imita;
Sentir que más el corazón palpita
Mientras rompen el pecho los dolores;
Ver que adquiere más brillo la mirada;
Para morir ponerse más hermosa;
Conocer que está el alma enamorada;
Y al ver la vida de color de rosa,
Al empezar tal vez una alborada,
¡Tenerse que encerrar bajo una losa!

BALTASAR MARTINEZ DURAN.

EN UN ALBUM.

Que emborrone, quieres, una hoja al ménos
y que estampe mi nombre... ¿para qué?
¡quién sabe dónde irá, deshecho el album,
este papel!...

No, no, mil veces no, que al fin se pierde;
mándame el corazón y escribiré
grabando al par con letras indelebles
mi nombre en él!...

J. DE LA PEÑA.

A UNA DESCONOCIDA.

Niña, no te conozco; versos míos
me piden para tí,
y fruto de mis dulces desvaríos
yo te los doy aquí.
¿Pero qué te dirá la humilde lira
del mísero cantor?
¡Ay! pues que solo mi dolor me inspira,
¡cantaré mi dolor!

De mi desgracia que incesante crece,
¿sabes la causa, dí?
No te conozco, niña, ¿te parece
que soy poco infeliz?

EMILIO FERRARI.

A MI PLUMA.

Sin mí, que te hago escribir,
olvidada vivirías;
y sin tí, mis armonías
no podrían existir.

Por alcanzar un laurel
que, allá léjos, divisamos,
hoy al mundo nos lanzamos
unidos por un papel.

Puesta la esperanza en Dios,
tras esa sombra galana
los dos corremos: mañana...
¡qué quedará de los dos!

CONSTANTINO GIL.

SEGUIDILLAS.

Canta, lira, mis sueños...
mas no lo hagas,
pues sueño algunas veces
que no me ama.

Y si te escucha,
dirá que desconfió
de su alma pura.

* * *
Canta mis ilusiones,
no... que son humo.
Canta mis sobresaltos
no... que son muchos.

Canta mis horas
de placer... No las cantes
¡si son tan pocas!

G. BARRAGAN.

LA DICHA...

Cuando mi mente juvenil volaba
De cien visiones con afán detrás,
Glorias y amores y placer soñaba...

¡Que sueños son no mas!
Y es que á este valle, de la dicha lejos,
Oscuro caos dó el mortal nació,
Llegan ¡ay! de la dicha los reflejos...
¡Pero la dicha nó!

EVARISTO SILIÓ.

EN UN ABANICO.

Un tosco vidrio, si se engarza en oro,
parecerá una espléndida esmeralda;
no hay rostro feo si le cerca airosa
de virtudes la mágica guirnalda.

ANGELA GRASSI.

LLANTO Y RISA.

A este mundo venimos

todos llorando.
¡Feliz el que sonrie
luego, al dejarlo!
Que esa sonrisa
es la dulce esperanza
de eterna dicha.

JOSÉ MARCO.

A CONCHA.

El mar encierra en conchas su tesoro,
Y tú, *Concha* gentil de nuestro suelo,
En tu sonrisa, en tus cabellos de oro,
En tus ojos, color del puro cielo,
En tu dulce y simpática belleza
Que no empañan enojos ó pesares,
Tienes mayor encanto y más riqueza
Que las preciosas *conchas* de los mares.

JULIA DE ASENSI.

NOTICIAS.

En la tarde del siete llegó á esta plaza, con objeto de pasar la revista de inspeccion semestral al batallón de la reserva de Ciudad-Rodrigo, el coronel jefe de la 36.ª media brigada, Sr. D. Bernardo Muñiz.

* * *
Desde ayer comenzó á hacerse el servicio de correos entre esta ciudad y la de Salamanca por carruage.

* * *
Ayer á las seis de la mañana falleció, tras una larga enfermedad, el secretario del ilustre Ayuntamiento Sr. D. Angel Blanco. Acompañamos á la familia en su sentimiento.

* * *
Con objeto de restablecer su salud y en uso de licencia, ha salido de esta ciudad el registrador de la propiedad Sr. Delgado Carrillo.

* * *
Ha sido nombrado registrador interino, durante la ausencia del propietario, el Sr. D. Francisco García Vasco.

* * *
El lunes salió de esta con direccion á París y para visitar la exposicion universal, el Sr. D. Luis Arias Giron.

* * *
Segun parte enviado por el recaudador de contribuciones Eusebio Hernandez al delegado del Banco de España Sr. Dominguez, en la noche del lunes una cuadrilla de siete hombres intentó robar la depositaria del pueblo de la Alberquería de Argañan.

* * *
Hoy probablemente habrán salido para Madrid las señoras madre y hermana de D. Luis Arjona.

ANUNCIOS.

FOTOGRAFÍA. Se traspasa una máquina, con todos los accesorios y productos químicos necesarios para retratar, y se enseña el arte al comprador, en término de un mes, con toda la perfección y adelantos conocidos hasta el día.

En la imprenta de este periódico, darán razón.

Empréstito de 175 millones de pesetas.

Se compran láminas de dicho empréstito, estén enteras ó solamente los nueve décimos á los precios siguientes:

Láminas completas ó sean con los diez décimos al 27 por 100.

Idem con los nueve últimos décimos al 23 por 100.

También se compran los recibos provisionales de dicho Empréstito ó sean los talonarios cedidos por las Recaudaciones de contribuciones, pagándolos á diferentes precios según sus fechas.

Se compra á precios convencionales papel del clero. Se admiten encargos para su enagenación en Madrid á precio corriente en bolsa con un pequeño descuento para gastos y comisión.

En la imprenta de este periódico se dará razón á los interesados.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la redacción de «El Eco del Águeda,» se admiten suscripciones á ambos periódicos sin recargo en el precio por comisión, franqueo ú otro cualquier concepto. Los señores que se suscriban, gozarán de los mismos derechos y garantías que si lo hicieran directamente en la administración central.

Se vende en esta redacción «LA ENCICLOPEDIA MODERNA» diccionario universal de literatura, ciencias, artes, agricultura, industria y comercio, publicada por D. Francisco de Paula Mellado.

La obra consta de treinta y cuatro tomos, de

más de quinientas páginas encuadernados á la rústica. Cada uno de los tomos que cuesta 24 rs. en provincia se dará con una gran rebaja.

RAFAEL HUEBRA,

S. Pablo, 2 y 4,

SALAMANCA.

GRANDES ALMACENES DE FERRETERÍA, QUINCALLA Y HERRAMIENTAS.

Depósito de papeles pintados de las mejores casas de Francia é Inglaterra.

Se reciben encargos, para la compra de cualquier artículo de dicha casa, en el comercio de *Casimiro Muñoz*, Plaza Mayor, número 12, Ciudad-Rodrigo.

VARIEDAD EN TARJETAS AL MINUTO.

EN ESTE ESTABLECIMIENTO SE HACEN
á 10 rs. el ciento.

Mercado de Ciudad-Rodrigo, 7 de Mayo.—Trigo candeal, de 46 á 48 rs. fanega.—Idem barbilla, de 43 á 45 id.—Centeno, de 24 á 26 id.—Cebada, de 23 á 25 id.—Algarrobas, de 21 á 23 id.—Garbanzos, de 60 á 90 id.—Patatas, de 2 á 3 rs.—Aceite, de 62 á 64 rs. cántaro.—Harinas, de 1.^a á 18 rs. arroba.—De 2.^a á 17 id.—De 3.^a á 13 id.—De 4.^a á 8 id.—Menudillo á 6 id.

GRAN DEPÓSITO

DE

MÁQUINAS PARA COSER

DE TODOS LOS SISTEMAS.

VENTA Á PLAZOS GARANTIZADAS.

En casa de Salvador Bazan, calle de Talavera núm. 1.^o Ciudad-Rodrigo, se halla un gran surtido tanto en las del acreditado sistema «SINGER» como en todos los demás fabricantes que se conocen, las hay de pié y mano de dos pespuntos desde 16 á 26 duros. Se hacen toda clase de composturas y se venden agujas y piezas sueltas.

Se compra plata, oro y pedrería á precios convencionales.

el Éufrates y las fronteras de Misrú, (1) desde Dán á Bersabé. Las ciudades fortificadas en que ondeaba su estandarte no tenían cuento y su inmensa flota construida en los arsenales de Ailath y Asiomgaber, (2) le traía, de Arabia riquísimos perfumes y hermosas esclavas, de Ofir oro, de Tiro púrpura y grana, de Egipto y Coa caballos que excedían al viento en ligereza. (3)

La prosperidad del pueblo judío, llegó á su apogeo en el reinado de Soliman cuyas rentas anuales, que subían á la enorme cifra de seiscientos sesenta y seis talentos de oro, (4) le permitieron reedificar á Gazer, Bethoron, Balaath y Thadmor, (5) levantar un templo en el monte Moria en que empleó doscientos cincuenta mil hombres por espacio de siete años y medio, y construir además dos palacios, uno en el Líbano, y otro en la plaza de Mello entre Sion y Jebús.

El lujo increíble de su corte, la fastuosa pompa que le rodeaban, no impedía que sus súbditos «comieran, bebieran y descansaran en paz á la sombra de su higuera,» (6) porque Soliman jamás les agobió con exorbitantes impuestos, jamás desatendió los negocios públicos, ni dejó de hacerles justicia.

Un solo defecto podía reprochársele á aquel magnánimo príncipe; su desenfrenada pasión por las mujeres. Casado estaba con la hija de Faraon y sin embargo, en el harem de su palacio vivían encerradas, como palomas en una jaula de oro, otras trescientas esposas y setecientas concubinas.

En el momento en que vamos á encontrarle, la obra del palacio del Líbano tocaba á su término, y Soliman habia subido

(1) Egipto.

(2) Puertos de la Idumea.

(3) «Y se traían caballos para Salomon de Egipto y de Coa, cada caballo por 150 siclos de plata.» (1.200 rs. próximamente.) Reyes. Lib. III Cap. X. vers. 28 y 29.

(4) Cuatrocientos sesenta millones, trescientos treinta y nueve mil doscientos reales.

(5) Palmira.

(6) Flavio Josefo. Historia del pueblo hebreo, Lib. VIII cap. 2.

desde la ciudad á inspeccionar los trabajos como tenia de costumbre.

Entre los diestros artífices que le habia enviado el rey de Tiro Hiram, vino un mozo de fisonomía altiva y nobles modales á quien sinó se le hubiera visto cincelar el oro y la plata con pasmosa habilidad, se le hubiera tomado por un príncipe encubierto. Mostraba Soliman á este obrero marcada inclinacion, porque su distinguido continente, su instruccion impropia de un menestral, le atraían irresistiblemente.

Antojábasele al monarca que trataba con un su igual, y que aquellas manos que con tanto primor manejaban el martillo y el cincel, habian experimentado ántes el peso del cetro. Impulsado por esta extraña simpatía, solia conversar familiarmente con él durante horas enteras, tratar importantes negocios, y aún revelarle secretos de estado que no hubiera confiado quizá á ninguno de sus ministros.

Apenas entró el monarca hebreo en el palacio, buscó á Jahia-ben-Jahia, que así se llamaba el extranjero.

Jahia que estaba trabajando, lo vió acercarse y se arrojó.

—Levantáos, maestro,—le dijo Soliman con afable sonrisa al propio tiempo que le tendia una mano.

Jahia la besó respetuosamente y se puso en pié aguardando que el rey le dirigiese la palabra.

—Jahia,—dijo este,—voy á darte una nueva prueba del aprecio en que te tengo, de la confianza que en tí hago y espero que tú corresponderás á ella.

—Hablad señor y estad seguro de que jamás seré ingrato á las bondades que me dispensais. Disponed de mi inteligencia, de mi brazo, y de mi vida: soy vuestro en cuerpo y alma.

—Gracias por tu adhesion, Jahia. Sin necesidad de sacrificio alguno, puedes hacerme un servicio y añadir al mismo tiempo un nuevo laurel á tu corona de artista.

—Estoy dispuesto á obedeceros.

—Pues bien; hace tiempo que he oido decir á unos de mis generales, que más allá de Idumea, en Oriente hay una mujer

que posee un gran trono é infinitas riquezas. (1)

Al oír esto, el semblante de Jahia se contrajo visiblemente y se cubrió de una palidez mortal.

—Se llama Bilkis,—continuó Soliman, sin reparar en la emoción de aquel,—y me han contado una historia muy extraña acerca de su nacimiento; dicen que es hija de una hada...

Al llegar aquí se interrumpió, porque el artífice había dejado escapar de su trémula mano el martillo, que vino pesadamente al suelo.

—Y bien,—prosiguió el monarca, que aun no había notado lo que pasaba por Jahia,—tú debes conocerla, debes haberla visto, por que tu eres de Mareb, ¿no me has dicho que has nacido allí?

—Sí,—balbuceó Jahia,—en efecto he visto á esa mujer de quién hablais, la conozco.

—¿Y es tan hermosa como aseguran? ¿es tan buena?...

—¡Oh!—contestó el marebita suspirando,—hermosa sí; muy hermosa! pero buena...

—¿Acaso tienes motivos para dudarlo?

—Perdon, señor, no he querido decir eso.

—Ahora bien, yo ardo en deseos por esa mujer aunque no la conozco, y no pudiendo ir á su córte, la he invitado á que venga ella á la mia.

—¡La habeis invitado á que venga!—repitió Jahia deletreando las palabras del rey, como si se tratára de una monstruosidad inconcebible.

—Si, hoy mismo saldrá de Jerusalem mi canciller Josafat, para llevarle esta carta.

Y Soliman sacó del seno un pergamino que alargó á Jahia.

Los ojos extraviados de este, con gran trabajo lograron descifrar, entre la multitud de adornos caligráficos que bordaban la carta, las siguientes frases:

«En el nombre de Dios clemente y misericordioso. Soliman-ben-Daud á Bilkis reina del Yemen. Salud y paz. Ven á mi

(1) Coran. Cap. 27. vers. 23.

mostraron un salvo-conducto vuestro.

—¡Oh!—gritó Bilkis retorciéndose los brazos y rugiendo como una leona hambrienta, ¿lo comprendo todo, me ha vendido esa infame Agar!

XII.

Por los tiempos á que se refiere nuestra historia, ocupaba el trono de Judea Soliman-ben-Daud (1) el príncipe más grande de su época, y sobre quién, parecía haberse complacido Dios en derramar á manos llenas, el tesoro inagotable de sus gracias.

Habíale concedido la sabiduría, las riquezas y la gloria, (2) sujetado á su obediencia los animales, las plantas, las piedras y los elementos; puesto á su servicio una legion de génius que ocupaba un espacio de cien leguas cuadradas y le seguía por do quiera, y dado además, un tapiz mágico que volando por los aires, le transportaba de un extremo á otro de la tierra con la velocidad del pensamiento.

Soliman era un poderoso encantador, (3) para quien nada había oculto en la naturaleza, porque conocía todos los seres de la creacion y los secretos de su vida, desde el gigante cedro del Líbano, hasta el humilde orégano que crece en las hendiduras de la pared. (4)

Bajo su imperio vivían todos los países comprendidos entre

(1) Salomon hijo de David.

(2) Reyes. Lib. III. Cap. III. vers. 13.

(3) Por tal lo tienen los arábes.

(4) Coran. Cap. 27. vers. 16.